

# A Don Ángel Martín Duque

*Los que tienen el poder de contar los días,  
tienen el poder de hablar a los dioses.*  
Poeta maya anónimo (Bonampak)

Las cosas –dejó escrito don Ramón María del Valle Inclán– no son como son, sino como se recuerdan. Parafraseándole, Gabriel García Márquez afirma que “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. Es difícil tener certezas al respecto, porque memoria y olvido son entidades complementarias que, a la manera del tapiz de Penélope, tan pronto nos ofrecen cabos de enmarañados ovillos como nos celan momentos y lugares, nos distraen con luces y con sombras o nos aturden con apariencias fingidas y teatrales deslumbramientos, y con estos o similares artificios tejen y destejen ese juego imposible que los humanos llamamos Historia.

“L’histoire, cette vieille damme exalté et menteuse”, en opinión de Maupassant, esa materia tan universalmente trasteada que necesita de una casta sacerdotal que la cuide y la componga, una orden levítica que acuda al caudal rumoroso de las fuentes y desde ellas inicie la tarea imposible de ordenar el mundo. Los historiadores, claro. Que atados al axioma agustiniano “busquemos como quienes van a encontrar y encontremos como quienes aún han de buscar, pues cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza”, anudan las cuentas documentales del tiempo pensando con Sören Kierkegaard que “la vida hay que vivirla hacia delante, pero solo la desciframos hacia atrás”.

Dicen los que saben que la Historia fue asunto de diletantes, eruditos a la violeta, cronistas oficiales, archiveros y gente así, hasta que la Universidad la rescató y la puso en manos científicas. Esa Edad, que encarna mejor que nadie José María Lacarra, dio paso a un tiempo en que la investigación dejó de ser un suceso extravagante para convertirse en una disciplina. Paso delicado y complejo éste de transformar lo heroico en cotidiano, lo raro en habitual, la épica en método, y que corresponde a una generación de historiadores abnegados a quienes conviene lo que el Mahabaratta afirma de

los Arios (Arya): “se preocuparon antes de la gramática que de la gloria”. Profesionales antes del estudio que del brillo que tienen como arquetipo a Ángel Martín Duque.

Historiador y maestro de historiadores, él ha creado una escuela fecunda, ha dejado una numerosa progenie que extiende la pulsación de su magisterio. Y además, ha sabido cuidar la llamada de la divulgación y ha acercado sus conocimientos caudalosos a la sociedad, avivando la curiosidad de las gentes, recordándonos a todos que descubrir lo desconocido no es una especialidad de Simbad el Marino, de Eric el Rojo, de Copérnico o de Colón.

Don Ángel ha investigado, enseñado, divulgado. Ha escrito mucho y bien, a sabiendas de que pensar engendra palabras y que escribir engendra pensamiento. Con ese cuidado hacia la precisión en el lenguaje que sólo tienen quienes lo aman, quienes saben que cuanto más pobres son las palabras, más pobre es la vida, pero sin olvidar nunca que las palabras han sido hechas para las cosas, no las cosas para las palabras.

Escribió Albert Camus que “el éxito no es difícil de obtener, lo difícil es merecerlo”. Martín Duque, que ha alcanzado la excelencia en su quehacer intelectual, lo ha y la ha merecido. Y no por ello ha caído en la trampa del envanecimiento o la altivez. Próximo siempre, siempre generoso, nunca ha perdido de vista que la auténtica dimensión de la existencia está en las personas y que, como opinaba W.B. Yeats, la historia de una nación no está en los parlamentos ni en los campos de batalla, sino en lo que las gentes se dicen en días de fiesta y de trabajo y en cómo cultivan y se pelean y van en peregrinación.

Cultivador de la delicada hortelanía de la amistad, puede decirse de don Ángel no sólo que ha sido prudente y sabio sino que, como Octavio Paz, ha obligado a sus próximos a ser inteligentes. Porque, también a la manera del gran escritor mexicano, Martín Duque ha sido siempre consciente de que nuestro verdadero interlocutor es el tiempo y cada línea la escribimos con, sobre y contra él.

Don Ángel ha hecho suyo el “¡Atrévete a saber!” de Immanuel Kant y, así, nos ha ayudado a intuir la respuesta de las angustiosas preguntas de T. S. Eliot, que resumen el vértigo y el vacío del mundo contemporáneo. ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido con el conocimiento? ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido con la información? Porque la obra y la conversación martínducal guardan la clave con que la historia inviste la mirada del hombre del poder órfico, cuya virtud consiste en acercar lo lejano y alejar lo cercano, recordándonos acaso que cada hombre, como cada pueblo es, en cada instante de su vida, todo lo que ha sido y todo lo que será.

Si, como aseveran los Upanisad, uno se convierte en aquello que piensa. Si, como dice el poeta Antonio Colinas, uno no hace las obras sino que estas le hacen a uno, Ángel Martín Duque, hecho pensamiento, hecho obra, se ha convertido hace ya tiempo en un referente ineludible de nuestro paisaje cultural. De lo mejor y, pese a su modestia, lo mayor de nuestro mundo.

Claudio Magris ha escrito que hombres y pueblos son trigo para la historia que los muele. De ser así, Martín Duque sería el buen molinero que recoge la molienda, la mezcla, la amasa y, con la levadura de la inteligencia, nos la devuelve horneada y crujiente, convertida en reposada reflexión.

Una herencia intelectual, una figura, una persona, a la que nunca podremos agradecer todo lo que debemos. Por más respeto o admiración que nos inspire y más afecto o sinceridad que queramos poner en el intento.

Gracias por todo don Ángel.

*Juan Ramón Corpas Mauleón  
Director General de Cultura/Institución Príncipe de Viana*